

LA PRESENCIA DEL CRISTIANISMO EN EL IDEARIO MORAL MARTIANO.

MSc. Jesús Armando Martínez Gómez¹

RESUMEN:

Se analiza la influencia del Cristianismo en el ideario moral de José Martí, su lugar en el credo renovador que le permitió fundamentar una ética para la liberación preñada de un profundo sentido humanista en el que las ideas del bien, la virtud, el deber y el sacrificio se articulan a través del valor del amor. Valoramos finalmente su impronta en el proyecto para la liberación nacional que creó.

Palabras claves: Cristianismo, ideario, moral.

INTRODUCCIÓN

Hombre universal por ideales y cultura, Martí bebió de muchas fuentes y no encasilló su pensamiento en los marcos rígidos de una filosofía o concepción del mundo. Creador por excelencia, le imprimió el sello de su individualidad a todo lo que hizo. No fue seguidor servil de ninguna doctrina, y si un consagrado de una causa: lograr la independencia de Cuba y Puerto Rico e impedir que perdieran la suya las demás Antillas y las jóvenes repúblicas latinoamericanas. No caben dudas de que Martí fue un hombre de profunda fe, sin ella no hubiera podido consagrarse en cuerpo y alma a tan magna tarea histórica. Tuvo profunda fe en el hombre y en la fuerza transformadora de la moral, pero también sentimientos y creencias religiosas a ella firmemente conectados.

El apóstol cubano no fue solo un gran político, escritor, profesor, orador, periodista y poeta; su vida fue mucho más que eso. La trascendencia de su obra no se explica solamente por todo lo que dijo e hizo en pos de la liberación de su pueblo, sino también por la entereza moral con que luchó. Y son precisamente sus ideas morales las que le permitieron sostener el peso de la importante tarea histórica de organizar y llevar a vías de hecho la guerra necesaria, pese a los males de un cuerpo que quedó para siempre resentido y agnizante por las secuelas del presidio.

En la formación de su ética se aprecia la influencia del pensamiento moderno, y sobre todo de la reelaboración nacional del mismo por el padre José Agustín Caballero y sus discípulos Félix Varela, José Antonio Saco, y José de la Luz y Caballero, a quien prefirió. Por otra parte, del Cristianismo que, interpretado de forma muy particular, fue siempre un valuarte firme de sus ideas morales. La

ética martiana tiene un marcado carácter cristiano-no teológico- y es, sobre todo, una ética para la liberación.

DESARROLLO

Para entender a plenitud la influencia del Cristianismo en su pensamiento moral hay que tomar en cuenta que Martí se opuso a las religiones que niegan la naturaleza humana, y anunció el surgimiento de lo que consideró una nueva religión¹. Advirtió que la religión de su época se encontraba «en una de sus crisis de acomodamiento, y la primera acaso que se resolverá, por el beneficio de la libertad, sin catástrofe ni sangre»; lo que apuntaba a la renovación del contenido de sus creencias. De ahí que planteara: «Lo que sucede con la religión es que está a punto de comenzar a ser más divina que humana, y más durable en su forma nueva que en la antigua, porque se derivará de la naturaleza del hombre, en vez de negarla e ir contra ella»².

Dijo que no era lo bastante instruido en cada una de las religiones para poder decir a cuál de ellas pertenecía, pero caracterizó el tipo de creencias por el que se sintió atraído:

Observancia rígida de la moral, mejoramiento mío, ansia por el bien, mi sangre por la sangre de los demás; he aquí la única religión, igual en todos los climas, igual en todas las sociedades, igual e innato en todos los corazones.³

Tal vez por eso se llegó a definir como «Cristiano puro y simplemente cristiano»⁴, estimando que en todas las religiones había que rescatar ese ideal de mejoramiento humano que encarnó el Cristo, «mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres» El haber cambiado ese ideal fue la causa, según Martí, de que la religión católica del siglo XIX estuviera cayendo en desuso, como un día aconteció con el paganismo⁵. Eso lo llevó a buscar el lado hu-

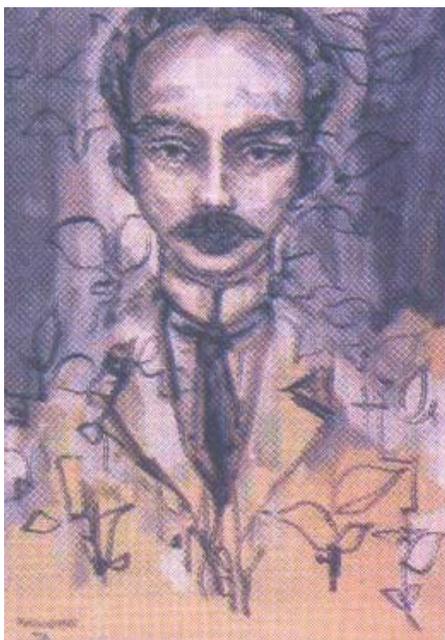


mano de Cristo y a encontrar en él un modelo de conducta para el hombre revolucionario.

Convencido de que el contenido de la fe cambia, y de que en tiempos en que la construcción del Estado social «hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o veacidad de la miseria», no hay fe segura, se manifestó a favor del ideario liberal de la libertad de creencias. Según su opinión, «Parece profanación dar al creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, forma de uno solo de los seres»⁶. Sin embargo, no ocultó su simpatía por la religión de Cristo, que había logrado ocupar «más tiempo que otra alguna los pueblos y los siglos» por «la pureza de su doctrina moral, por el desprendimiento de sus evangelistas de los cinco primeros siglos, por la entereza de sus mártires, por la extraordinaria superioridad del hombre celestial que la fundó» y por «la sencillez de su predicación que tanto contrastaba con las indignas argucias, nimios dioses y pueriles argumentos con que se entretenía la razón pagana de aquel tiempo, y a más de esto, en la pura severidad de su moral»⁷. Por eso cree, siguiendo la ruta del progreso humano que siempre empieza por volver al punto de partida, que se debe volver «al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos», y no al castigador, vengativo y justiciero que se venía predicando⁸.

Martí consideraba que la nueva exégesis de los evangelios no debía ser fruto de las meditaciones de un genio solitario, enclaustrado en su celda, sino de la confrontación pública de los hombres de una época que ya llegaba marcada por el desarrollo de la técnica y la socialización, pero en la que el hombre se seguía sintiendo inseguro y no amparado⁹. En este sentido buscaba una fe que ayudara al hombre no sólo a salvarse, sino también a liberarse doblemente: en el plano individual y colectivo. En el primero, de la tiranía de los instintos, los convencionalismos sociales y de todo lo que le impedía crecer y ganar en humanidad con el ejercicio de la libertad; y en el segundo, de la dependencia de una sociedad de otra, de la tiranía del colonialismo que obstaculizaba la prosperidad de las naciones coartando la realización de la persona humana.

Sus creencias religiosas logran cristalizar en su idea



del bien moral que concibe en una proyección trascendente, es decir, bien no sólo para hoy y para esta vida sino para el futuro y para la eternidad. Eso explica su sentencia de que «la noción del bien flota sobre todo, y no naufraga jamás»¹⁰, en la que no es difícil adivinar una interpretación salvadora del bien.

Buscando dar concreción a esa trascendencia, nos dice en su temprana juventud que «Dios existe (...) en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno»¹¹. De esta forma, Martí estima que el sentimiento del bien es de origen divino, y en cuanto

tal, intrínseco a cada ser que nace a imagen y semejanza del Creador. Por eso en uno de sus apuntes escribe que han muerto y morirán muchas religiones, pero no el «Dios conciencia, la dualidad sublime del amor y del honor, el pensamiento inspirado de todas las religiones, el germen eterno de todas las creencias, la ley irreformable, la ley fija, siempre soberana de las almas, siempre obedecida con placer, siempre noble, siempre igual; - he aquí la Idea Poderosa y fecunda que no ha de perecer, porque renace idéntica con cada alma que surge a la luz; - he aquí la única cosa verdadera, porque es la única cosa por todos reconocida; - he aquí el eje del mundo moral; - he aquí a nuestro Dios omnipotente y sapientísimo»¹².

Y, ¿quién es ese Dios conciencia? Es «el hijo del Dios que creó, que es el único lazo visible unánimemente recibido, unánimemente adorado, que une a la humanidad impulsada con la divinidad impulsora»¹³. La conciencia moral del hombre, los ideales del bien, se han encarnado en el Dios hombre, Jesús de Nazaret. Él es el modelo de corrección moral humana, algo así como el arquetipo de conciencia práctica al que los hombres deben rendir culto para que el bien no pierda la pureza necesaria para vencer al mal.

José Martí entiende que el «hombre no puede ser Dios, puesto que es hombre», y llama a «reconocer lo inescrutable del misterio, y obrar bien, puesto que eso produce positivo gozo, y deja al hombre como purificado y crecido», permitiéndole magnificar la virtud¹⁴. Considera que la vida del hombre «sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra»¹⁵ y que la fe religiosa ayuda al perfeccionamiento moral porque «la creencia natural en los premios y castigos y en la exis-

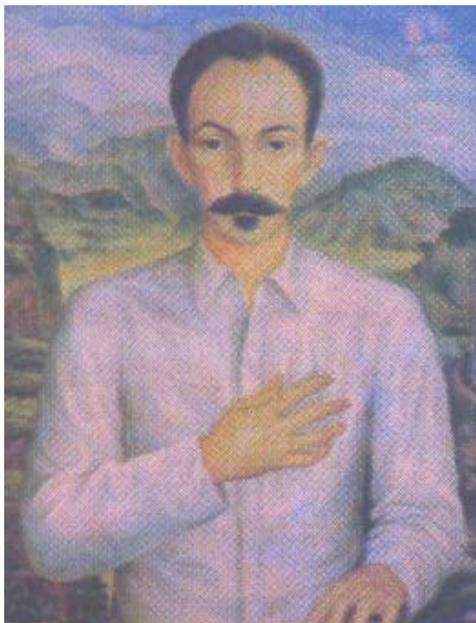
tencia de otra vida (...) sirve de estímulo a nuestras buenas obras, y de freno a las malas»¹⁶. De ahí que sea categórico cuando expresa: «Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste las garantice»¹⁷.

Sin embargo, Martí no se queda en la idea de la necesidad de la religión para la moralidad como hizo Kant¹⁸, pues sostiene también que la «moral es la base de la buena religión»¹⁹. A las religiones o interpretaciones de ella que limitan la vida humana, atentando contra la naturaleza y el crecimiento libre de la espiritualidad del hombre, las rechaza. «En

los pueblos —señala— donde la religión se ha mostrado siempre hostil al ejercicio natural y amplio de las facultades del hombre, el odio a la religión ha sido una de las formas naturales del amor a la libertad»²⁰. Por eso dice al *Hombre del campo*: «Ese Dios que regatea, que vende la salvación, que todo lo hace en cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero». Y lo alerta: «¡No, amigo mío, hay otro Dios!»²¹.

Martí cree en el Cristo de los evangelios por «la pureza de su doctrina moral», pureza que debe servir de inspiración al hombre para que pueda hacer el bien con la entereza de Aquél, y no caer frente al mal. En este sentido predica que una de las cualidades morales que más dignifica a quien hace el bien, es el desinterés. Si éste falla, se pierde la preocupación genuina por el ser humano que es la que debe regir la realización del acto moral. Esto explica sus sentenciosas palabras: «el hombre que hace el bien para que le estimen la bondad, o se cansa de hacerlo en cuanto no se la estiman, no es bueno de veras»²².

Fue innegable su vocación por el sacrificio, sin el cual no concebía la práctica de la virtud. También su convicción de que el bien puede derrotar al mal, de que en el hombre hay una fuente inagotable de bondad. «Hay en el hombre cantidad suficiente de bien para vencer»²³, tanto —dice— «que no cabe en ella todo el bien que pudiera uno hacer»²⁴. Y lo que permite al hombre hacer sacrificios por el bien es el amor. Para Martí, en el amor «está la salvación» y «el mando», y, por tanto, sin él no tendrían sentido ni la amistad ni el patriotismo²⁵. Así como el odio destruye, el amor es lo que funda y permite crear, por eso llamó a la lucha para la liberación de su pueblo como



ultima ratio y fundó su proyecto en el amor porque para él «amar es más útil que odiar»²⁶. No se iba a luchar por venganza sino por apego a la justicia: Cuba tenía el derecho natural a ser libre²⁷. Por eso exhortó a que no se utilizara en la contienda más violencia que la necesaria²⁸ y a que se acogiera al español que quisiera seguir viviendo en nuestra patria sin rencores, pues la guerra se libraba contra el colonialismo no contra un hombre en particular.

Estimó que en la conciencia moral que lo llamaba a revelarse contra las injusticias que sufría el hombre americano había una fuerza divina, que describió como «un man-

dato incontrastable y sobrehumano; es la obligación de este contrato vitalicio, firmado entre el espíritu del hombre y el espíritu inmenso de su Dios»²⁹. Esa conciencia lo lleva a comprender que «en la vida y sobre la vida flota fiero el misterio de la humana dignidad»³⁰. Para él, «Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro»³¹ porque «sobre las razas (...) está el espíritu esencial humano que las domina y unifica»³². Su vocabulario está cargado de frases en las que se manifiesta un humanismo cargado de profunda espiritualidad. No es de extrañar, por tanto, que llamara ruines a los tiempos en los que lo sagrado se profana y deja de ser respetado, y lo que debe ser sagrado, deja de serlo³³.

A MODO DE CONCLUSIONES

La ética martiana nos muestra el desarrollo del pensamiento moral de un hombre que supo interpretar las necesidades de la época y el lugar donde vivió, y se propuso estar a la altura de una gran tarea histórica. En él, como en otros pensadores cubanos del siglo XIX, se acrisolan los aportes de la filosofía moderna con lo mejor del pensamiento moral cristiano.

No persistió en la abstracción ontológica del bien, por lo general impenetrable, sino en la consistencia de la bondad, que para él fue verdad suprema³⁴. Su visión salvadora del bien lo llevó a concebir una ética para la liberación que tomó aspectos de la moralidad de Cristo como modelo para el perfeccionamiento moral del revolucionario. A semejanza de Jesús de Nazaret, Martí vio en el sacrificio un medio de purificación y sostén de la virtud; y en la indolencia ante el padecimiento del prójimo, un mal incompatible con la solidaridad en que se debe fundar la dignidad humana para que no caiga frente al egoísmo.

Su entrega a la causas de la redención del hombre es in-

concebible sin la fuerza que infunde en él la consagración. La lucha por la independencia tuvo en Martí un objeto sagrado: la Patria. «Lo que yo sí acataré toda mi vida es la voluntad manifiesta de mi tierra, aun cuando sea contraria a la mía»³⁵, señaló, lo que no puede menos que hacernos evocar aquel pasaje de *Lucas* en el que Jesús dice: «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»³⁶.

Valorando la dimensión de su persona, Rubén Darío dijo que «no era José Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Méndez, incapaces de comunicarse con los hombres porque sus alas les levantan sobre las cabezas de éstos, e incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza y aún tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era 'un hombre'. Más aún; era como debería ser el verdadero superhombre, grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la naturaleza».³⁷

Se sintió llamado al deber desde muy joven y auguró cuál sería su fin³⁸, derivando en mucho sus convicciones de la existencia penosa que llevó³⁹. Los cubanos lo llamamos el *Apóstol* de la independencia por encontrar similitud entre el designio de su vida y la de los Apóstoles (del gr., *Apostoleus*) que viajaron siempre con una misión trascendental y salvífica⁴⁰, iluminando con su prédica el camino que seguirían los demás. Trató de ser coherente y potenció su pensamiento con la acción revolucionaria, convencido de que, para ser creíble, el pensamiento del hombre debe quedar plasmado en su conducta⁴¹.

Como Cristo, creyó en la salvación por el amor, que llegó a convertir en el eje de su utopía social. Por ello predijo: «Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor: - ¡de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres!»⁴².

Martí sigue siendo arquetipo de conducta moral para los cubanos. Su obra aun no está terminada y su inquebrantable fe en el triunfo y en el mejoramiento humano es un eterno sol para nuestro mundo moral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1.- Toledo, L. *Ideología y práctica en José Martí*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, p. 153.
- 2.- Martí, J. «La libertad religiosa en los Estados Unidos». *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 19, p. 397.
- 3.- Martí, J. «Cuadernos de apuntes». *Obras Completas*, op. cit., t. 21, p. 42.
- 4.- Idem.
- 5.- Martí, J. «El Poema del Niágara», publicado como prólogo al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde, en Nueva York, en 1882, y fue luego reproducido en la *Revista de Cuba*, t. XIV, 1883. *Obras Completas*, op. cit., t. 7, p. 225.
- 6.- *Ibidem*, p. 225-226.
- 7.- Martí, J. «Fragmentos». *Obras Completas*, op. cit., t. 19, p. 391.
- 8.- Martí, J. «El Poema del Niágara», op. cit., p. 226.
- 9.- Idem, pp. 226-227.
- 10.- Martí, J. «El presidio político en Cuba». *Obras Completas*, op. cit., t. 1,

- p. 52.
 - 11.- *Ibidem*, p. 45.
 - 12.- Martí, J. «Cuadernos de apuntes», op. cit., p. 28.
 - 13.- Idem.
 - 14.- Martí, J. «Sección constante». *La Opinión Nacional*, 15 de junio de 1882. *Obras Completas*, op. cit., t. 23, p. 317.
 - 15.- Martí, J. «El Poema del Niágara», op. cit., p. 236.
 - 16.- Martí, J. «Fragmentos», op. cit., p. 392.
 - 17.- Idem.
 - 18.- En concreto Kant trata el tema cuando analiza «los postulados de la razón práctica», entre los que sitúa los conceptos de *inmortalidad* y *Dios*. Vid. KANT, I. *Crítica de la razón práctica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, Cap. II, Epíg. 4 y 5, pp. 558-567.
 - 19.- Martí, J. «Fragmentos», op. cit., p. 392.
 - 20.- Martí, J. «Fragmentos», op. cit., T. 22, p. 77.
 - 21.- Martí, J. «Hombre del campo». *Obras Completas*, op. cit., t. 19, p. 383.
 - 22.- Martí, J. «Cuadernos de apuntes», op. cit., p. 378.
 - 23.- Idem.
 - 24.- Martí, J. «La última página». *La Edad de Oro*, Nueva Cork, 1889. *Obras Completas*, op. cit., t. 18, p. 401.
 - 25.- Martí, J. «Dedicatoria en el álbum de Clemencia Gómez», *La Reforma*, República Dominicana, 12 de septiembre de 1892. *Obras Completas*, op. cit., t. 5, p. 21.
 - 26.- Idem.
 - 27.- Cf. Martí, J. «Bancroft». *La Nación*, Buenos Aires, 25 de febrero de 1887. *Obras Completas*, op. cit., t. 13, p. 312.
 - 28.- Martí, J. «Drama indio. Patria y libertad», Guatemala, escrito en 1877 y publicado en México en 1878. *Obras Completas*, op. cit., t. 18, p. 159.
 - 29.- Idem.
 - 30.- *Ibidem*.
 - 31.- Martí, J. «Mi raza». *Patria*, Nueva York, 16 de abril de 1893. *Obras Completas*, op. cit., t. 2, p. 299.
 - 32.- Martí, J. «La República Argentina en los Estados Unidos». *La Nación*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1887. *Obras Completas*, op. cit., t. 7, p. 331.
 - 33.- Martí, J. «El Poema del Niágara», op. cit., p. 223.
 - 34.- Cf. Vitier, M. *Las ideas en Cuba. La filosofía en Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 380.
 - 35.- Martí, J. «Carta a Ricardo Rodríguez Otero», Nueva York, 16 de mayo de 1886. *Obras Completas*, op. cit., t. 1, p. 192.
 - 36.- San Lucas: 22: 42.
 - 37.- Darío, R. «Los raros». *Revista Cubana*, julio 1951-diciembre 1952, pp. 478-488, en *José Martí y el equilibrio del mundo*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 41.
 - 38.- A la edad de 16 años, estando en el presidio, le dice a su madre en una carta: «Mucho siento estar metido entre rejas; -pero de mucho me sirve mi prisión.- Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar». Vid. Martí J. «Carta a su madre», La Habana, 10 de noviembre (1869). *Obras Completas*, op. cit., t. 1, p. 40.
 - 39.- Vitier, M. Op. cit., p. 380.
 - 40.- Cepeda, R. *Lo Ético-Cristiano en la Ética de José Martí*. Centro de Información y Estudio Augusto Cotto, Matanzas, (S/A), pp. 102-103.
 - 41.- Cf. Martí, J. «Generoso deseo». *Patria*, Nueva York, 30 de abril de 1892. *Obras Completas*, op. cit., t. 1, p. 424.
 - 42.- Martí, J. «Prólogo a *Cuentos de hoy de mañana*, de Rafael de Castro Palominos». *La América*, Nueva York, octubre de 1883. *Obras Completas*, op. cit., t. 5, p. 103.
- ¹Licenciado en Filosofía y Licenciado en Derecho. Master en Globalización y Derecho, y Diplomado en Bioética. Miembro del Comité Nacional Cubano de Bioética, de la UNEAC, de la Unión Nacional de Juristas de Cuba, de la Sociedad Cubana de Filosofía e Investigador Adjunto de la Academia de Ciencias de Cuba. Presidente de la Cátedra de Derecho Médico del Centro Universitario de Sancti Spiritus «José Martí Pérez» y del Club de Bioética de esta provincia.

Imágenes de Martí, de los pintores cubanos René Portocarrero y Jorge Arche.